**Logo Pío XII chiquito.jpgBienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios (Mt 5,8)**

 Es una Bienaventuranza importante. Por una parte, nos recuerda la importancia que tiene el corazón: estamos en el centro de nuestro ser, en lo más hondo de nuestra personalidad, el corazón. Por otra parte, ésta nos orienta hacia lo más grande que puede desear el hombre: ver a Dios; su objetivo es ver a Dios en medio de la pureza de corazón. Y la pureza en la Biblia es ausencia de mancha en sentido físico. Así, el contacto con la lepra (Lev 13-14), o con un cadáver (Nm 19,11-14) hace impuro al hombre, y tiene que purificarse. Los profetas y los salmistas han dado una nueva profundidad a este tema, nos han recordado que lo que mancha el corazón es la oposición a la voluntad de Dios: ¿Quién subirá al Monte del Señor? El de manos inocentes; el que evita el homicidio el robo, y podría ser también la corrupción. “El de manos limpias y puro corazón”.

\* Puro  corazón: Considerado como expresión de toda la persona orientada completamente a la alianza de Dios. Sería un corazón no dividido.

\* Que no confía en los ídolos: la ruptura de la alianza recurriendo a falsos dioses.

\* Ni jura contra el prójimo en falso: No hace ningún juramento para engañar al prójimo.

En este salmo 24 se insiste en las disposiciones interiores. Dios trasformará el corazón de los israelitas para que puedan cumplir la alianza. Será obra del Espíritu de Dios. En el Nuevo Testamento encontramos la misma realidad sobre la pureza de corazón. Jesús opone la pureza legal de los fariseos al cumplimiento de la alianza. La auténtica pureza consiste en la observancia de los mandamientos de Dios (Mt 15,18-19). “Y Dios conocedor, de los corazones, dio testimonio en su favor comunicándoles el Espíritu Santo como a nosotros; y no hizo distinción alguna entre ellos y nosotros; pues purificó los corazones con la fe” (Hch 15, 8-9). Y con el Salmo 51 le decimos: “Oh Dios, crea en mí un corazón puro”. No es el hombre el que purifica su corazón de su maldad. La purificación del corazón es obra de la **gracia** de Dios, del Espíritu Santo.

**Verán a Dios**. Como en todas las demás bienaventuranzas, la realización de ésta tendrá lugar en la venida del Reino glorioso de Dios. ¿Cómo será la felicidad del cielo, de la eternidad? La Biblia conoce la imagen del banquete para expresar la felicidad del cielo: será algo así como celebrar un banquete, una experiencia de alegría, donde los comensales se sienten a gusto, gozarán, se alegrarán (Mt 8,11; 22,10-11; Lc 12,37). “Y no habrá ya maldición alguna; El trono de Dios y del Cordero estará en la ciudad y los siervos de Dios le darán culto. Verán su rostro y llevarán su nombre en la frente”, nos dice el libro del Apocalipsis (22, 3-4). Si tenemos en cuenta los textos que hemos visto del AT, podemos darnos cuenta también que hay una relación estrecha entre darle culto y ver su rostro. Si los servidores de Dios, los cristianos, tienen acceso a Dios y pueden ver su rostro, es precisamente para realizar su servicio litúrgico. ¿Y experimentamos esta comunión con Dios en la liturgia, en la celebración de la Eucaristía de cada día? Es el tema de la experiencia de Dios en la liturgia. (1 Jn 3,2-3): “Queridos, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal cual es” (1Jn 3,2-3). Aparece la grandeza de esta visión de Dios, y al mismo tiempo se nos dice que será un don de Dios. El Vaticano II nos ha recordado que “La razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la unión con Dios” (Gaudium et Spes, 19). Esta gran realidad nos recuerdan todas la Bienaventuranzas: estamos **llamados** como **vocación** a la comunión con Dios. Pero de manera especial nos ha recordado esta verdad en esta Bienaventuranza de los limpios de corazón, con la imagen de “ver a Dios”, que es lo mismo que una celebración festiva, alegre, de todos los redimidos por Cristo, movidos por el Espíritu para dar gracias a Dios y celebrar su grandeza y su amor. Celebrar el misterio de Dios desde la adoración, la alabanza y la admiración. “Ver a Dios” no desde fuera, sino participando en la fiesta litúrgica. Desde ahora tenemos la dicha de esta visión en la fe, pero esperamos su manifestación completa. (cf. 1 Co 13,12). ¿Quieres saber dónde está Dios? En un corazón puro; he ahí su habitación (Orígenes)

**PRACTICA-¿Tengo la dicha de con un corazón puro ver a Dios en la Eucaristía?**

**Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios**

Es otra de las Bienaventuranzas de mucha actualidad. Lo mismo que la de los misericordiosos, ésta también supone el amor al prójimo. Insiste más en el actuar que en el ser. Ser pacificador es una manera de amar. Los que de verdad trabajan por la paz, son y actúan. Esta es una actitud importante, pero parece que nuestra Bienaventuranza quiere decir también trabajar por la paz, tratar de poner paz donde hay guerra, donde hay enemistad, odio, falta de armonía.

¿Qué se entiende  por paz en la Biblia? Es un tema muy amplio. La palabra **shalom** en el AT significa estar sano, estar bien, ser feliz, tener plenitud de vida un poco en todos los campos. No se opone sólo a la guerra, al estado en que están los hombres cuando hay guerra, sino que es mucho más que eso: designa el bienestar de la existencia humana de cada día, el estado del hombre que vive en armonía con la naturaleza, consigo mismo y con Dios. Esta paz es don de Dios según la Biblia: “Yahvé te muestre su rostro y te conceda la paz” (Nm 6,26), pero el hombre puede y debe colaborar en crear las condiciones de paz. Y la paz como don ofrecido por Dios es Cristo (Ef 2,14-17), realizada por la sangre de su cruz. “Reconciliar por él y para él todas las cosas, pacificando, mediante la sangre de la cruz, lo que hay en la tierra y en los cielos” (Col 1,20). Jesucristo nos ofrece su paz de resucitado, su plenitud de vida (Jn 20,19-23), en el Espíritu (Ga 5,22). Esta paz de Dios que recibimos por la fe en Cristo, es una paz que hemos de vivir y comunicar. No se recibe para tenerla guardada. Aquí tenemos un campo inmenso. Se trata de trabajar para que cada uno de nosotros tengamos paz en nuestro interior, y se trata de trabajar para que los demás tengan esa paz que es servicio a los hermanos divididos.

“Hay una sensibilidad emergente que no desea otra cosa que paz. Y estos bienaventurados la traen. No son pacifistas que pidan una paz que no tienen, son pacíficos que ofrecen una paz que poseen, porque todo su ser está apaciguado. Se han calmado todos sus deseos porque el misterio que han acogido les ha colmado sobreabundantemente. El mensaje de la paz no es una palabra, es la llegada de una persona pacífica. La persona llena de confusión, agitada por la prisa y por lo mismo desatenta con las personas, no es mensajera de paz…La paz no se vende, se irradia. Y un corazón pacífico es una realidad empapada de la paz de Dios que, sin ser notada, deja todas las cosas sosegadas” (Patricio García, claretiano).

Si esta Bienaventuranza es una actitud que se basa en el amor al prójimo, es también la prolongación de la Bienaventuranza de los misericordiosos. Las personas que están divididas, en lucha, sin paz, son personas desgraciadas: Hay que ayudarles a reconciliarse. Hemos visto con qué insistencia recomienda S. Mateo la misericordia con los necesitados. Pues, nada extraño que insista también en la necesidad de trabajar por la paz de manera activa.

**Ellos serán llamados hijos de Dios**. Aquí Jesús nos recuerda la felicidad que tendrán los constructores de la paz: Serán llamados hijos de Dios. Este es el objetivo de la Bienaventuranza. ¿Quién los llamará? La forma pasiva “serán llamados” indica que el sujeto es Dios. Dios llamará “hijos-hijas” a los artífices de la paz. No se trata de la buena reputación que puede tener uno que trabaja por la paz. El premio es de Dios y no de los hombres.

¿Cuándo recibirán este nombre? Dios les concederá este nombre el último día, el día de la intervención final de Dios, el mismo día en que los misericordiosos alcanzarán misericordia, en que los limpios de corazón verán a Dios. Dios los contará entre sus elegidos en su Reino escatológico. “Ahora somos hijos de Dios, y aun no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal cual es” (1Jn 3,2). Jesús ha vivido una actitud filial toda su vida, para traer a los hombres la paz, el perdón, la salud física y espiritual. Es el hombre perfecto de donde dimana toda felicidad y toda paz.

**PRACTICA**- Reflexionar sobre el tema para descubrir qué me quita la paz para ser pacífica y portadora de paz.